

EL DESAGUADERO DE LA MAR DULCE

El libro "El desagüadero de la Mar Dulce", de Eduardo Pérez Valle, es uno del tipo de "El Gobernador de Nicaragua", que hace varios años escribió Carlos Molina Argüello: libro de investigación histórica y de fijación de hechos en su tiempo y lugar exacto, libro de estudio que quema energías con afán científico, de trabajo metódico, orientado exclusivamente al conocimiento de la verdad para que nunca más sea llamado a engaño.

"El Gobernador de Nicaragua", desconocido casi de nuestras élites, de nuestros profesionales y universitarios, describe la conformación administrativa, el status jurídico y el sistema económico de la provincia de Nicaragua en los primeros tiempos de la colonia. Su autor —admirado y bien querido amigo— había hundido ojos e inteligencia en la fuente mejor esclarecedora de aquellas cosas y de aquellos hechos: el Archivo de Indias de Sevilla, en el que trabaja ahora de nuevo, desde hace tres o cuatro años, para algo seguramente más hondo y más definitivo.

"El Desagüadero de la Mar Dulce" profundiza en la Geografía de Nicaragua para basar en ella sus fijaciones históricas, rectificando en mucho la historia del descubrimiento de la hasta entonces misteriosa y, después por siglos, disputada ruta nicaragüense hacia el Atlántico.

Eduardo Pérez Valle es un capacitado profesor de Geografía, Historia y Dibujo y un escritor sobrio, atento más al detalle científico que a las galas del lenguaje. "Tanteamos —dice modestamente— la introducción a los deficientes métodos tradicionales de los estudios históricos en nuestra patria, de elementos de carácter más científico, extraídos principalmente de la Geografía, que poco a poco ha ido abandonando su vieja índole de ciencia puramente descriptiva, y ayudada eficazmente por poderosos auxiliares, ha derivado fuertemente hacia el campo de las ciencias exactas".

Esto, en el prólogo. El libro propiamente dicho comienza con un bosquejo de lo que se supone fue Nicaragua en la Era Terciaria.

Luego entra el autor en la materia, aportando datos que revelan sus conocimientos geográficos cimentados en el estudio directo del escenario de su historia. Dice, por ejemplo:

"El desnivel de la corriente (del río San Juan) varía desde unos 15 milímetros por kilómetros en Agua Muerta, hasta casi 3,5 metros por kilómetro en el raudal de El Castillo, y la velocidad, de menos de 0,30 metros por segundo hasta más de 3,60".

Así de acucioso es Pérez Valle en la demarcación de su geografía.

El Desagüadero no lo buscan los españoles por el San Juan en los comienzos de la colonia. Van por el Norte, hacia las Segovias, hacia Honduras, hacia Cabo Gracias a Dios.

"Es cosa notable —dice el autor en el capítulo VI de la 3ª parte de su libro— que en casi todos los documentos de la época del descubrimiento y conquista

de América exista una marcada tendencia a considerar el Norte geográfico bastante desviado hacia el Este en relación con la posición que hoy ocupa. Quizá este hecho tenga sus orígenes en el fenómeno conocido como variación o declinación secular del polo magnético, en virtud del cual este punto cambia de lugar constantemente sobre la superficie terrestre, originando los consiguientes cambios de la dirección de la brújula en relación con el Norte geográfico o el astronómico".

Estos datos los transcribimos tomados al azar, con la sola intención de destacar el cuidado que Pérez Valle se ha tomado para hacer definitivamente valideras sus conclusiones sobre la gran aventura.

Su objetividad en lo histórico corre parejas, naturalmente, con su objetividad en lo geográfico. No le interesa deprimir la gran obra de la conquista española en este que constituye uno de sus episodios apasionantes, ni hacer creer que los españoles que la escribieron eran ángeles. No hay aquí pasión ninguna, como no sea la que siente el autor por la investigación que intenta llevar a feliz término.

Si al tratar de fijar un hecho cualquiera encuentra indios cruelmente sacrificados, no los aparta de su marco, pero tampoco pone trazos negros donde todo está limpio. Un hombre de su conformación intelectual no puede hacer aspavientos ante las durezas inevitables de toda obra conquistadora.

En las dos primeras partes de la obra están contenidas las iniciales tentativas de descubrimiento y conquista del Desagüadero, y en la tercera, todo el bregar primero de Machuca y después el de Calero y Machuca, hasta la coronación de sus empeños.

Se conoce allí algo de las ansias y trabajos del Padre Las Casas, las ubicaciones de poblados indígenas, nombrados por los cronistas españoles, y ahora desaparecidos, como Pocosol, Voto, Tori y Suerre, y la del río, entonces llamado Yari y ahora Punta Gorda, que los conquistadores creían que era el Coco.

Allí había ido Machuca por orden de Calero, viéndose obligado a regresar con sus compañeros sobrevivientes a Granada, mientras su jefe, que había hallado ya la desembocadura del San Juan en el Atlántico, subía por el mar hacia el Norte para esperarlos inútilmente en las costas de la laguna de Bluefields.

Transcribimos, como para subrayar esta nota con palabras del autor comentado en ella, un párrafo de su epílogo. Se refiere a las confusiones que han existido de antaño en el campo de los estudios históricos:

"La raíz de este mal —dice— está en el uso y abuso que se hace de una geografía elemental y fácil, que sólo conoce los macro-accidentes y se olvida de modestos detalles, donde quizá está la clave de importantes problemas. Y por otra parte en la aceptación del contenido de ciertos documentos como verdades que repugnan toda crítica, siendo así que tales fuentes casi siempre fueron escritas obedeciendo a consignas y deformando a veces fuertemente la verdad, que el estudioso, con su buen juicio, está obligado a restaurar".

JOSE FRANCISCO BORGES